

# Teoría de clase ociosa

Título: Teoría de clase ociosa

Autor: Thorstein Veblen

Edición: Alianza Editorial, Madrid, 2014 [1899], 429 pp.

Traducción y prólogo: Carlos Mellizo

Rogelio FERNÁNDEZ DELGADO

Universidad Rey Juan Carlos

Bien es cierto que sería arriesgado concluir que gran parte de los contenidos de los manuales que se estudian en los primeros cursos de las facultades de Economía, deben mucho a las enseñanzas de John Stuart Mill y sus *Principios de Economía Política* [1848], y a las explicaciones que Alfred Marshall desarrolla en sus *Principios de Economía* [1890]; y que poco más se ha dicho, amén de los actuales estudios en el ámbito institucional, acerca de la teoría de la demanda, la oferta, la competencia perfecta y los monopolios. También sería arriesgado concluir que el quehacer de un economista es el de descubrir cuáles son las leyes que rigen este mundo, unas leyes sobre las continuamente lanza hipótesis con objeto de conocer la realidad, a sabiendas de que si dichas hipótesis no se hubieran acercado a la realidad la raza humana a duras penas habría sobrevivido. Bien es cierto, y concluyo, que las anteriores ideas podrían muy bien servir para comenzar una discusión sobre metodología de la ciencia de la Economía, pero hay que reconocer que discusiones sobre metodología de esta ciencia ha habido muchas, tanto como críticos de la misma. En esta línea de críticos destaco la del economista norteamericano Thorstein Veblen (Cato, Estados Unidos, 1857- Palo Alto, Estados Unidos, 1929), de quien se acaba de reeditar en castellano la segunda edición (2014) de *La Teoría de la Clase Ociosa*, cuyo título original - *The Theory of the Leisure Class* [1899] - ha sido traducido y prologado por Carlos Mellizo, profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de Wyoming.

Para poder contextualizar las ideas que despliega Veblen en este, podríamos decir, satírico, gracioso e incluso dramático libro, bien podríamos comenzar con un simple boceto introductorio a la ciencia de la Economía. Una contextualización que no necesariamente tiene por objetivo encuadrar la obra de Veblen, sino adecuarle a un esquema teórico conocido y a partir del mismo, dejarse llevar por las ideas, anécdotas y succulentas historias contadas por el autor en este trabajo. Como mencioné más arriba, los libros que se utilizan en los primeros cursos de un grado en Economía analizan, explicándolo aquí de forma sintética, la teoría de la demanda, la teoría de la oferta y los mercados competitivos. Pues bien, es en el ámbito de la demanda donde podríamos encuadrar las ideas que Veblen despliega en su *Teoría de la clase ociosa*. Si bien la teoría de la demanda analiza cómo los individuos eligen qué consumir dejándose llevar por sus gustos y restricción presupuestaria, una elección que permite descubrir el comportamiento del consumidor y por ende la ley de la demanda, en cambio en el trabajo de Veblen el consumo se explica pero desde un punto de vista podríamos decir menos teórico y sintético que el propuesto por la teoría económica ortodoxa, esto es, la economía neoclásica. Un término, neoclásico, que el mismo Veblen acuñó para subrayar la ascendencia clásica de la teoría de Marshall cuyas críticas desplegó en “The Place of Science in Modern Civilization” publicado en 1906 en el *American Journal of Sociology*.

Es más, lo primero que un economista especializado en los fundamentos del análisis económico piensa cuando oye hablar de Veblen es sobre los *bienes veblen*, una clase de bienes que describen el comportamiento de algunos consumidores que demandan bienes de lujo, bienes que al aumentar su precio también aumenta su cantidad demandada.

Veblen pretendió en la *Teoría de la Clase Ociosa* “estudiar el lugar y el valor de la clase ociosa como factor económico de la vida moderna”; dicho de otra manera, la emulación, el ocio, el consumo ostensible, los gustos y la moda entre otros elementos, constituyen variables indispensables que hay que conocer desde el punto de vista de la teoría económica, y no circunscribirse únicamente a la racionalidad y la transitividad de las preferencias. El trabajo está com-

puesto por catorce capítulos donde se tratan aspectos tales como la “emulación pecuniaria”, las “comparaciones odiosas” que dinamizan el proceso ocioso; “el ocio ostensible” donde se discute la necesidad de exhibir la riqueza, y el poder con objeto de “edificar y preservar” la autocomplacencia, como aquel jefe tribal de la Polinesia que prefirió morir de hambre antes que llevarse la comida a la boca con sus propias manos; el consumo ostensible y la demanda de bienes de lujo.

También se analiza el denominado nivel pecuniario de vida y las razones que llevan a los individuos a gastar por encima de lo necesario, así como a afirmar que la motivación principal del consumidor a la hora de demandar bienes está en torno a la adquisición de un status de honorabilidad frente a los demás. El tacón francés, la falda, el cabello largo, el uso del corsé, entre otros ornamentos, son ejemplos de cómo el ocio, el consumo, el nivel de vida ostensible se aplica en alguna dirección del denominado “proceso vital”. En este sentido, cuando se trata de la moda y el vestido, afirma Veblen, “la gente se priva de muchas comodidades y necesidades de la vida a fin de poder pagar la cantidad de consumo derrochador que se considera decoroso”. La clase ociosa, esto es, la clase rica, es tratada como la clase conservadora, una clase sobre la que las exigencias de la situación económica no actúa, aunque dicho conservadurismo queda también para las “personas rematadamente pobres, y todas aquellas personas cuyas energías están enteramente absorbidas por la lucha cotidiana por la existencia, son conservadoras porque no pueden permitirse el esfuerzo de pensar en pasado mañana”. Así, la emulación y la exención laboral constituyen elementos culturales que se plasman en la conservación de rasgos arcaicos como el dolococéfalos más violento y depredador que el braquicéfalos-moreno y el mediterráneo.

En su compendio de caracteres que definen el consumo ostentoso, propio de una determinada clase social, capaz de adquirir ocio y consumir hasta la exasperación, un consumo que promueve el crecimiento económico y que nos podría llevar a pensar en la *Fábula de la abejas* [1714, 1729] de Bernard de Mandeville (1670-1733), o al más pragmático Thomas Robert Malthus (1766-1834), quien en sus *Principios de Economía Política* [1820] nos presenta a los consumidores improductivos capaces de combatir las plétores al impulsar el crecimiento económico manteniendo en equilibrio la producción y el consumo. También en Veblen el consumo de la clase ociosa adquiere un fin y cumple una función social fundamental en la reproducción económica y en la reproducción simbólica a través de la emulación, variables todas ellas que incentivan el consumo de las otras clases. Así pues a la clase ociosa, al estar exenta o excluida del trabajo industrial, se le reservan empleos aparejados a cierta honorabilidad como el gobierno, el ejército, la iglesia y los deportes. Además, concluye Veblen, las actividades ociosas e industriales podían dividirse en dos clases, proeza y trabajo. Si bien el trabajo es crear cosas a partir de “materia pasiva”, la proeza consiste en redirigir fines. De esta forma el hombre “no tiene la obligación de traer a casa la presa cazada, sino que debe mandar a su mujer a que ella realice esa tarea inferior”. Es en el capítulo décimo donde se analiza la supervivencia de la clase ociosa que vive gracias a la comunidad industrial. Así, el entusiasmo por la guerra, el duelo, los deportes, al satisfacer los “requisitos de futilidad sustancial”, son ejemplos - sobre todo el deporte - del canon de la clase ociosa que “exige una estricta y total futilidad”. Por último, la propensión a los juegos de azar, la creencia en la suerte, tienen para Veblen valor económico puesto que impiden la “máxima eficiencia industrial” en toda comunidad donde predomina. Una vez más el autor diluye en consideraciones divinas, antropomórficas, una cuestión que aparentemente plantea nítidamente pero que se va difuminando sin una respuesta clara, a saber, discernir el valor económico del azar. Es en la creencia en la suerte donde encontramos de nuevo a un autor escurridizo, queriendo demostrar la dificultad que existe a la hora de establecer hipótesis sobre la acción del hombre y sus creencias. Unas aptitudes que soslaya la teoría económica y que aparentemente critica.

A continuación Veblen analiza el interés que para la teoría económica tienen los rasgos tangibles de los cultos antropomórficos. En este sentido, los cultos antropomórficos han sido modelados por el mismo esquema de diferenciación económica: “la diferenciación entre consumidor y productor; y están penetrados por el mismo principio dominante de señorío y servidumbre”; es más, prosigue nuestro autor en su velada crítica, para lograr la máxima eficiencia económica “en

las condiciones modernas, el proceso universal ha de ser habitualmente entendido en términos de fuerza y secuencia cuantitativas, desapasionadas”. El consumo devoto de bienes y servicios en forma de santuarios, templos, iglesias, vestiduras, sacrificios, sacramentos, no sirven a ningún fin material inmediato, pudiendo ser considerados artículos de derroche ostensible, que obstruyen “el camino hacia una organización más eficaz de la industria, y son, en primer lugar, antagónicas del desarrollo de las instituciones económicas”.

Con relación al interés generoso, esto es, la caridad, la solidaridad, que actúa de manera dominante en la formación de los hábitos mentales de los hombres para fines económicos, cabe señalar que su utilidad reside en la capacidad que tiene al cambiar “los métodos de derroche ostensible”, y la incapacidad de poder realizar odiosas comparaciones, y por ende dificultar la dinámica del proceso ocioso. Finaliza su trabajo con la educación superior como “expresión de la cultura pecuniaria”. Tiene en cuenta tanto la liturgia del birrete y la toga, como la gestión de la Universidad por los llamados “capitanes de la industria” que sustituyen a los sacerdotes guiados por el interés pecuniario. Así, “el saber superior en su forma más desarrollada, como flor perfecta del escolasticismo y el clasicismo, ha sido un producto derivado del oficio sacerdotal y la vida ociosa”. Un escolasticismo y clasicismo que se desarrolla en un mundo en el que la ciencia moderna es “un producto derivado del proceso industrial”. Más adelante Veblen dedicará a la Universidad *The Higher Learning in America* (1918), donde criticó el trabajo de los presidentes y patronos en las Universidades, y proponiendo la vuelta de ésta a la búsqueda del conocimiento.

En definitiva la *Teoría de la Clase Ociosa* es un trabajo único, vivo, que a pesar de haberse escrito hace más de cien años, mantiene su vigencia actual. Vigencia que se debe entre otras cosas porque a pesar de que su autor, la mayoría de las veces, diluye sus ideas en razonamientos extremadamente complejos, como queriendo hacernos ver la dificultad de aprehender el comportamiento humano, el objeto que trata es el individuo, que como Adam Smith nos enseñó en 1776 persigue su propio beneficio, su propio interés, y que lo lleva a promover un fin que no estaba en sus intenciones.